

HISTORIA NATURAL.

EL RINOCERONTE.

Este cuadrúpedo que en magnitud no reconoce mas superior que al elefante, se encuentra ordinariamente en los vastos desiertos de la Africa meridional, y de las Indias orientales; tiene comunmente de 10 á 12 pies longitud y de seis á siete de estatura; su cabeza es de un moderado grandor si bien notable, por un cuerno que se eleva sobre los huesos de la nariz, y por un pedueño apéndice en el labio superior, del cual se sirve para recoger su alimento que consiste en yerbas, hojas y raices. El primero del cual tenia su nombre este paquidermo, que significa nariz cornuda, distinguiendo los verdaderos cuernos en que en lugar de estar unido á los huesos del cráneo, como los del buey y la cabra, no está mas que pegado á la piel; en los ángulos de sus mandíbulas que son cuadradas por delante, tiene cuatro dientes incisivos y seis muelas en cada una de las quijadas; sus orejas parecidas á las del cerdo, aunque menores por la proporción del cuerpo, se mantienen constantemente derechas; tiene las piernas redondas, gruesas, fuertes y dobladas

Tomo 2.^o

acia atras en las articulaciones concluyendo sus anchos pies en tres grandes pezuñas. Este animal dotado siempre de una fuerza extraordinaria, tiene en su cuerno una arma formidable con la que resiste al leon, al tigre y al elefante á quienes algunas veces llega á desgarrar su vientre; sobre todo es terrible cuando llega á enfurecerse; ningun obstáculo basta á contenerle, marcha en derecha á su enemigo, y arrebatándole con su cuerno le arroja tras de sí á gran distancia. Apodérase de este furor muy raras veces, pues siendo naturalmente pacifico y aun tímido no viéndose provocado ó en precision de defender su vida, huye generalmente de sus enemigos. La piel del Rinoceronte es seca, rugosa y cuasi desnuda; forma ordinariamente enormes pliegues, y resistiendo al corte del acero proporciona muy buenas armas defensivas. Tanto esta calidad como la de ser su carne de un gusto agradable y de atribuir por los indios á su cuerno propiedades maravillosas hacen que estos cuadrúpedos sufran de continuo una encarnizada guerra. Estas virtudes quiméricas entre las que se cuenta la de impedir el efecto de un veneno que fuese presentado en una copa hecha de este órgano contribuyen á considerar en tanto precio por los indígenas su posesion, que habiendo tratado el Emperador de Siam de hacer un magnifico presente á cierto monarca de Europa, nada encontró de mas precioso para ofrecerle que seis cuer-

2 de Febrero de 1840.

nos de este animal. Hasta el día son conocidas cuatro ó cinco especies vivas y otras tantas fosiles, Entre las primeras citaremos el de Ario que no tiene mas de un cuerno, y los pliegues de los hombros y mastos muy profundos; el de Java, tambien con un solo cuerno, de menos pliegues y toda la piel cubierta de pequeños tubérculos

angulosos. el de Sausadra que tiene un segundo cuerno detras del primero, y cuya piel mas bellada que la de los otros, cuasi no presenta pliegues; y el de Africa, con dos cuernos como el precedente, pero cuya piel tiene menos pelo.

A. B.

REMITIDO.

POESÍA.

A UN ARRUINADO CASTILLO.

Esta mansion del tiempo carcomida
Al pié postrada de elevado monte
El aura del vergél tiene por vida
Y su nombre detras por horizonte.

Immensa mole que entre negros muros
En el desierto yermo se levanta
Y á cuyos senos tétricos y oscuros
El triste pecho de pavor se espanta....

Los siglos la dejaron arruinada
Con el cansado curso de los años,
y siendo de los propios olvidada
Desdeñada se vé de los extraños.

Tal vez placeres en su seno un día
Y cánticos de amor hubo y festines
Y respiró de Mayo la alegría

Ilustre morador en sus jardines;

Y hubo en sus torres góticas guerreros

Y vigilante voz en su muralla,
 Y brillaron los fulgidos aceros
 Sobre la cota de luciente malla;
 Y el bélico rumor sonó cercano,
 Y las huestes se armaron á su vista
 Y se aprestaron con furor iusano
 Adalides sin fin á la conquista.

Terror fuera quizá del agareno,
 Escollo de sus prósperas victorias,
 O monumento respetable lleno
 De los trofeos de la patria gloria.

Hoy, empero, en el árido desierto
 Yace sin esplendor ni moradores
 Inmóvil, triste, solitario, yerto
 Del tiempo destructor á los rigores.

¡Cómo el aura de la tarde
 Con vago murmullo gira!
 ¡Y cuál mi pecho respira
 En la grata soledad!
 ¡Como se pasan las horas
 En esta perpetua calma,
 Y cómo se esparce el alma
 Agena ya de ansiedad!

De fragmento solitario
 Que al tiempo su frente humilla
 En un yermo de Castilla
 Postrado respiró al pié,

Y aquí de la humana gloria
 El poder y la riqueza
 Mi corazón con tristeza
 El crudo término vé.

¡Cuán deleznable es la suerte
 Y cuan mezquina la vida
 Que á gozar ¡ay! nos convida
 En el mundo corruptor!

Como el humo desaparecen
 Sus fugitivos favores;
 Y el placer y los amores

Se tornan luego rigor.

Apetecible retiro,
 Calma dulce, deliciosa,
 A donde el hombre reposa
 En honda meditacion;
 En el seno misterioso
 De tu soledad tranquila
 La vigilante pupila

Ve del mundo la ilusion,
 Emblema de los alhágos
 De la fortuna liviana

Es la flor de la mañana
 Que marchita su altivez.
 Despojo de sus favores
 Y su grandeza perdida
 Esa mansion abatida
 Por la mísera vejez.

Castillo desamparado
 Que en el yermo te levantas;

Abatido por el tiempo
 Olvidado de la fama:
 Monumento portentoso
 De otra edad afortunada
 Rica de gloria y contento
 Y liberal en azañas:
 No estrañes que con desprecio
 Los hombres que te buscaban
 Insulten hoy los pesares
 De tu vejez desdichada.
 No estrañes que por la senda
 Menos triste y solitaria
 Por no mirar tus escombros
 Dirijan velez la planta.
 No estrañes que tu memoria
 De su mente se borrara
 Cuando estériles recuerdos
 Y no favores les dabas;
 Que los perdidos encantos
 Y la soledad aciaga
 Son el crudo desengaño
 De esta vida desdichada.

Ya no eres rico, opulento,
 Cual un tiempo que ostentabas
 Tu belleza en los jardines,
 Tu poder en las murallas,
 Y en tu seno apetecido,
 Ornado de altiva gala,
 Los placeres, la grandeza,
 Ros amores y las danzas.
 ¿Pues qué macho que los hombres
 Te olviden en su inconstancia
 Si de la suerte injuriosa
 El yugo fatal arrastras?
 ¿Qué mucho que no recuerden
 Tu opulencia afortunada
 Si al rigor del kado insano
 Ya tu cerviz no levantas?
 Lloras, sí, noble castillo,
 Supuesto que la desgracia
 Hasta del dulce consuelo
 Te ha robado la esperanza.

Juan Guillen Buzarón.

¿QUIEN ROBA?

No se desgañite V., Sr. Don Yo; no se desgañite V. gritando ¡ladrones! que si es porque lo oigan ellos y abandonen sus malas mañas, no necesita V. alzar la voz en términos que se escuche en las *Provincias*, hasta que ese grito resuene en la *Córte* donde sin duda alguna

hay mas ladrones literarios que en aquellas.

En verdad que no ha podido menos de llamar mi atención el artículo de V. inserto en el *Entreacto* del 23 de Enero último, en que acusa de ladrones ó plagiarios á los periódicos de *provincia*. Sepa V., Sr. Don Yo, que entre estos hay algunos, y no los menos, que las apnestan á los de la *Córte*, si no en mérito literario, en honradez y providad, y que lejos de apropiarse

los escritos de V. y sus compañeros, tienen por muy vergonzoso vestirse de plumas ajenas, por brillantes que éstas sean. Tal vez no sucede lo mismo á alguno de los periódicos de la *Córte*, y aun me atrevería á citar por ejemplo el número 56 del *Panorama*, en que se ha copiado la Biografía de D. *Pedro de Luna*, sin decir que la han tomado de la *Aurora*: Con la particularidad de haber quitado de la entrada del referido artículo un párrafo entero. Ignoro cual será el motivo de esta mutilación, y casi voy creyendo que no es de buen efecto en la *Córte* exclamar ¡"he aquí un aragonés!"... Ya se vé tenemos una fama...

Conque ¿quién roba? V. dirá lo que guste, pero yo que por un beneficio de la libertad de pensar puedo tener mi opinión en la materia, no dudo afirmar que nada nos echarán en cara los periódicos de Madrid, que no podamos censurar en ellos. No trato de oponerme por esto á que se copien nuestros artículos; pero acorde con los principios de V. desearía que en ese caso no se olvidase el copiante de poner *segunda edición*, añadiendo *disminuida y mal tratada* cuando no les parezca oportuno dar el escrito como su autor lo publicó.

En cuanto á nosotros creo oportuno advertir á V. para su tranquilidad, que si un día cedemos á la tan admitida costumbre de copiar, esté V. seguro de que no atentamos á los derechos que le dá

la propiedad literaria.

A los que como V. tratan de achacar todo lo malo á los escritores de *provincia*, como en la *Córte* nos llaman, sin duda por ridiculizarnos, les contestaré con los conocidos versos de un acreditadísimo sabio español que dicen,

Advierte que es desatí-
Siendo de vidrio el tejá-
Tomar piedras en la má-
Para tirar al vecí-

Torbellino.

LITERATO-MANIA.

Ya sabes amigo Próspero
Que hay escritores estóridos
Que con su ciencia fanáticos
Nos inundan los periódicos.
Uno á uno enumerártelos
Ademas de un despropósito
Sería ocupacion improba;
Pero, hablando un tanto lógico,
Tres especies de ese género
Voy á describir lacónico.

Es el primero un romántico
Que en acento melancólico
Entona cantos fatídicos
A algun edificio gótico,
Es el que por fuerza hay víctimas
Espectros, puñales, tósigos,
Doncellas de frente lívida
Que sufre tormentos horribidos,
Porque á su pasión volcánica

Se opone el interes sórdido,
 Verdugos, dueñas, satélites,
 Padres y abuelos despóticos,
 Tumbas, subterráneos, lámparas
 Muertos de aspecto sardónico,
 Ruidos de festines báquicos,
 Y de cantares diabólicos,
 Orgias, placeres lúbricos,
 Trovas, cantos melancólicos
 Que á la bella de ojos lánguidos
 Entona doneél incógnito:
 Y en fin completo un catálogo
 De sucesos hiperbólicos
 Que á las lectoras da histérico
 Y á los lectores un cólico.
 Contrario del tal apéndice
 Se ve reglista y metódico
 Sacar la cabeza á un clásico
 Con sus gilgueros armónicos,
 Jardines, arroyos, árboles,
 Graves sonetos acrósticos
 Anacreónticas, fábulas,
 Baros cuentos mitológicos,
 Prados, pastoriles églogas,
 Y cantares apostólicos;
 Que no tiene la botánica
 Un tan activo narcótico.

Armado de un largo látigo
 Se alza entre los dos un prógimo
 Cuyo elemento es la sátira
 Y el folletín de un periódico.
 Tan pronto cita á Aristóteles
 Como habla de los pirrónicos,
 Del Génesis, del Levítico,
 O de algún suceso histórico.
 Conoce, sin saber física,
 Los sistemas astronómicos;
 Es consumado político,
 Economista y retórico,
 Inteligente dramático,
 Y echándolas de católico

Inmoralidad, escándalo,
 Grita con furor insólito.
 Intolerante en política
 Y de caracter patriótico
 Rabia por dar á luz pública
 Los manejos mas recónditos.
 No hay un funcionario público,
 Ni un acreditado cómico,
 Que se libre de la crítica
 De sus escritos irónicos.
 Finalmente sus artículos
 Suscribe con un seudónimo,
 Que por imitar á Figaro
 creyó adoptar á propósito.

Ya ves que *currente cálam*
 Pinté tres seres simbólicos;
 Hora despacio examínalos
 Con tu juicio filosófico,
 Y á esta pregunta contéstame
 En lenguaje categórico:
 ¿El autor de estos esdrújulos
 A qué especie está mas próxima?

Torbellino.

COSTUMBRES.

MI CUMPLEAÑOS.

¡Que de calamidades llovieron sobre mi el día de mi cumpleaños!
 ¡cuantos sinsabores se sucedieron unos á otros! Prescindiendo del mayor de todos que es el de tener un año mas, vais á ver mis queridos lectores. lo aburrido y fastidiado que estuve durante el aniversario de mi nacimiento: lo que padeci

mientras alumbró aquel sol de fatalidad solo puede compararse con los sufrimientos del *hambre pacífico* de Breton de los Herreros, que para quedar completamente divertido no le faltaba mas que estar de dias.

Desde por la mañana un ciego, que sin duda madruga mas que el *aguardetero de Fr. Gerundio*, se anunció rascando su destemplado violín y me despertó en lo mas agradable de mi sueño. Por desgracia un doméstico, que ó lo tenía muy arraigado ó no habia cenado con agua, tardó en despertar mas de lo que á mis pobres oídos convenia, y hube de sufrir, aunque á mi pesar, la desagradable música de aquel extremo opuesto de Paganini. Entró por fin el criado, y despues de felicitarme en unas medio palabras, medio bostezos, puso en mi noticia, que el ciego esperaba la recompona de sus buenos deseos por mi dicha. A las felicitaciones de los referidos personajes siguieron las de la cocinera y lavandera, que poco mas ó menos se espresaron en estos términos. "*Señor, que los tenga V. muy felices en compañía de todas aquellas personas que sean de su mayor agrado. Dios quiera que el año que viene se los demos á V. con salud, y aumento de bienes temporales y espirituales en vida de todos.*"

Un espantoso estruendo me anunció que todos los interesados en mi ventura no habian estado á manifestarme sus buenos deseos. En efecto, aparecieron en la

habitacion mis dos sobrinos, que saltando alegremente sobre la cama principiaron por darme los dias y concluyeron por pedirme para dulces. Vestíme creyendo que habrian cesado las felicitaciones matinales, pero no bien habia puesto los huesos de punta cuando me anunciaron al barbero que aunque no era dia de barba vino en la inteligencia de que nadie debe estar sin afeitarse el de su santo. Acudí á sus instancias y á poco rato me encontré, no sin algun deterioro de mis megillas, hecho un muchacho de doce años. A la visita del barbero siguió la de los cajistas de la imprenta del periódico en que tengo el honor de escribir algun artículo, que penetraron en mi cuarto *por su propia virtud y poder* con ánimo tambien de cumplimentarme, y despues de espetarme un sinnúmero de parabienes y felicitaciones, á las que me ví obligado á corresponder con algunos bizcochos y botellas prevenidas de antemano, con mas una metálica retribucion, se dirigió á mí el mas cortés de ellos y puso en mis manos un pliego de papel frances color de rosa con su linda viñeta en la que se leia el lema *sinceridad de la imprenta* y á su continuacion una décima, que se llamaba tal sin duda porque se componia de diez líneas cortas escritas al centro y en las cuales se descubria muy bien el genio maléfico de su autor. Les dí las gracias por su *bella afición poética*; y despues de felicitarme de nuevo y de repetidas salutations se despi-

dieron dejando la vacante, que con gran oportunidad vino á ocupar la dilatada caravana de actores dramáticos que deseosos unos de felicitar al amigo, y otros de adular al escritor, creyeron indispensable la visita, los primeros por cumplir y los segundos por tener algun derecho á los elogios que *podiera estampar* en mis artículos.

Híceles sentar y emprendieron su conversacion de costumbre sin que se pasara por alto el de las exigencias y brusco trato del empresario y el mal porte que usaba con los *beneméritos* actores dignos de mas consideraciones; luego se lamentaron fuertemente de su excesivo trabajo en cuya comprobacion me citaron haber puesto en escena en los nueve meses que se contaban de temporada cómica cuatro funciones nuevas, y ademas algunas de grande espectáculo como el médico á palos &c. y últimamente, me manifestáron que todos ellos tenian ajustes para el año siguiente (*mentira de absoluta precisión*) y que se hallaban indecisos por que habian recibido proposiciones de cuatro diferentes puntos. Les ofrecí algunas copas que aceptaron, y por fin, prestando no queriendo interrumpir mis ocupaciones por mas tiempo, se despidieron y marcharon despues de haberme estrujado las manos á puro de sinceros y enérgicos apretones. Libre ya al parecer de matutinos chinchets, y siendo las doce de la mañana me puse á acicalar y com-

poner para lanzame en la calle antes que se presentase algun otro estorbo; pero ¡oh fatalidad! aun no acababa de mudarme la camisa cuando sonó fuertemente en mis oidos el eco fatídico de la campanilla, funesto presentimiento que anunció que todavía me restaba apurar la copa del pa-decer. Abrese con furia la puerta de mi cuarto, y veo entrar cuatro de mis amigos saltando y bailando que venian á hacerme muestra de su memoria. Me saludaron enmedio de gran bulla y algaxara, y despues de concluir con una bandeja de bizcochos y dos botellas, resto del anterior agasajo, manifestáronme la complacencia que tendrían en acompañarme á la mesa. Yo les contesté que no la tendria menor en que lo hiciesen desde luego, y ellos que ya habian dado una prueba evidente de su amistosa franqueza consintieron gustosos y quedaron convenidos en formar masa comun á la hora de comer. Escusado es decir que no queriendo desairarme devoraron cuanto se presentó en la mesa al paso que yo comí muy poco y aun esto máquinalmente. Así que acabamos les indiqué si gustaban de alguna otra cosa, y resolvieron por unanimidad que faltaba para complemento gastronómico la consabida taza de té. Marchamos al café en el que mi bolsillo fue nuevamente asaltado. Hicieron mis amigos sacar botellas á porfia, apurando licor sin tiento ni compasion al infeliz que ha-

bia de cubrir su importe. Inspirados por el suave nectar hicieron mil travesuras, alborotaron terriblemente y concluyeron por derribar la mesa con las botellas y demás chismes. Entre tanto yo mohino y cabizbajo estaba reflexionando sobre tan desagradable cuadro, y decía para mí, ¿es posible que se vea uno obligado á celebrar su natalicio, este tan grande suceso de los anales de la vida con semejantes auspicios de desorden y destrucción? Si el hombre al nacer lo preveyese tal vez renunciaría á su existencia. Por fin, despues de haberles reconvenido por su *alborotada* conducta pude arrancarlos de allí y con bastante trabajo verme en la calle, mas aquí se espera al malhadado *favorecido* el colapso de su desgracia. Se empeñaron con ahinco en que habíamos de asistir á la ópera para acabar el día como era justo, y héteme al aburrido mancebo obligado nuevamente á ser víctima del capricho de los *pesados* amigos. Nos dirigimos al teatro donde estuve impaciente hasta la salida en que haciendo una falsa pérdida á favor de la confusión pude escurrirme, y conjurando la nueva tempestad que pudiera sobrevenir, meterme en casa. Apenas llegué hube de acostarme y únicamente diré que lo que sufrí en el discurso del día de mi cumpleaños, se puede sentir mas de ningún modo espresar, por lo que lo dejo á la consideración del des-

graciado que lo llegue á experimentar.

D. Próspero,

LA CAMPANA

DE VELILLA.

La afición de los hombres á lo maravilloso y el deseo de encontrar en ello una pronta solución á sus dudas, ha sido el origen de las infinitas religiones que se conocen en el mundo. Habiendo advertido algun fenómeno, cuya causa no estaba á sus alcances, han buscado ésta en otro orden superior al ordinario de la naturaleza, y le han calificado de prodigio, procurando de este modo calmar la inquietud que resulta de inquirir los arcanos de la providencia, y hallando en la hermosa ilusión del misterio la felicidad y paz del corazón. Algunos sucesos particulares que á los ojos del sencillo pueblo aparecieron con el carácter de maravillosos, siendo acogidos por éste con la veneración que el entusiasmo religioso les inspiraba, y comunicándose su recuerdo de generación en generación, formaron las tradiciones religiosas. No se crea que porque escribimos en un siglo material y positivo, mal avenido con las ideas de lo sobrenatural, pretendemos der-

rocar la creencia de aquellas; antes por el contrario sin intrincarnos en cuestiones de esta naturaleza, ciosas de por sí y ajenas de nuestro instituto envidiamos la sencillez de aquellos tiempos en que los hombres alimentándose, digámoslo así, de la imaginación, sabían ser más felices que nosotros, pues con toda nuestra filosofía y orgullo no accedimos á coaccionar la senda que guía á aquel objeto, y no hacemos más que arrastrar por tierra. ¡Triste del que en el mundo sólo vé realidades!

Las tradiciones populares forman una bella parte de las glorias de los pueblos, y apenas se encontrará uno que no se honre con alguna de ellas; pero pocas han hecho tanto ruido en el mundo como la Campana de Velilla. Su sonido se ha dejado sentir por toda la redondez de la tierra: este misterioso metal ha aterrado con sus toques á un grande y belicoso pueblo anunciando las calamidades que el cielo iba á descargar sobre él, y preparándole á templar con la penitencia y lágrimas la justicia divina: esta terrible campana presintiendo las guerras, pestes, muertes de príncipes y otros azotes con que Dios castiga de ordinario á sus criaturas, lo ha avisado con anticipación, tocándose con propio impulso, cuyo lugubre sonido penetrando en los corazones los ha movido á contrición. Pero no siempre ha predicho calamidades; también ha sido mensajero de prósperos sucesos. Así que, de

la insinuación de esta misteriosa campana ha pendido por más de dos siglos el destino de España y aun de toda Europa; y el pueblecito de Velilla es tan famoso en la historia como la metrópoli de un grande imperio: por lo cual parece ha querido oscurecer á la antigua *Júlia Celsa* de los romanos ciudad muy célebre del Convento jurídico Cesaraugustano, sobre cuyas ruinas se fundó el pueblo de que hablamos, en la izquierda del Ebro, á nueve léguas de Zaragoza. En la época mencionada, según Tito Livio, era muy notable por sus canteras de preciosos labastros del cual por ser tan terso y blanco se fabricaban vasos para enviarlos á Roma donde eran muy estimados: actualmente se ven algunos monumentos romanos que manifiestan su pasada grandeza, y creemos que los curiosos podrían sacar ricos tesoros de arqueología.

Por muy celebre que fuese la antigua *Júlia Celsa*, la ha superado el nuevo pueblecillo de Velilla, cuya fama la debe á la misteriosa voz de la campana que allí apellidan *del milagro*, y que según la tradición se ha tocado por sí misma siempre que ha ocurrido en el mundo algun suceso ruinoso. Todavía se ve esta campana en el campanario de la hermita de S. Nicolás, situada no muy lejos del pueblo en una eminencia que mira al mediodía. Su forma es algo distinta de la mayor parte de las campanas por lo estrecha y pro-

longada; y todas las señales manifiestan ser de una antigüedad muy remota; tanto que algunos autores creen fue mandada fabricar por S. Paulino de Nola que, según la opinión general, introdujo las campanas en los templos, siendo por consiguiente esta de que hablamos una de las más antiguas de España; aunque todo esto carece de fundamento y pruebas sólidas. Su circunferencia mayor es de doce palmos por defuera; su voz es ronca por estar hendida. Al oriente y poniente tiene dos crucifijos de relieve, y al norte y mediodía dos cruces, en cuyo derredor se lee el verso de la Sibila Cuméa: *Christus rex venit in pace, et Deus homo factus est.*

Muchas han sido las cabilaciones de los autores que tratan de esta campana para determinar la causa de sus toques espontáneos. Unos dicen que puede ser traza diabólica; otros, que es en virtud del mencionado verso de la Sibila; llegando algunos hasta la ridiculez de afirmar que habiendo entrado en su fundición una de los treinta monedas de Judas, le fue comunicada la propiedad de tocarse sin impulso ajeno.

En los tiempos que tuvieron la dicha de ver este prodigio, dicen que cuando iba á tocarse se conmovia, temblaba, y tal vez se notaba que se ponía encendida por dentro; y era tan violento el impulso que movía su lengua que nadie podía detenerla; á cuyo efec-

to refieren varias consejas de hombres atrevidos que habiéndose probado á pararla, pagaron bien cara su osadía.

La tradición dice haberse tocado ya esta campana el año 714 cuando la pérdida de España; y según el cronista Dromer, hasta su tiempo, esto es hasta el año 1679, se había tocado veinte veces, en lo que discrepaba algún tanto el erudito Peijóo en el manuscrito que publicó de la condesa de Atarés, donde resulta ser veinte y dos.

Si la multitud de autores que aseguran un hecho añadiera peso á las razones, no habría nada más cierto que lo que se ha dicho de la campana de Villa; porque sin contar los escritores nacionales que de ella hablan, deponen igualmente á favor del prodigio otros muchos de las naciones extranjeras. En el siglo XVII es cuando más célebre se hizo esta campana, y á esta edad de entusiasmo pertenecen casi todos los que de ella escriben, entre los cuales el menor Argensola, Góngora, Quevedo y otros genios la consagraron sus poéticos acentos. En el siglo anterior, no obstante que la fama había ya divulgado sus toques misteriosos, como la crítica parece era más delicada, no se hizo gran mérito de este prodigio ó ilusión y el juicioso Zurita y el investigador Blancas que pudieron haberlo averiguado sin gran dificultad, aquel se burla como de una preocupación, y este ni aun siquiera

la menciona.

Pero esta tradicion tiene una cosa muy singular, y es estar confirmada por autos y escrituras públicas de las que produce algunas el citado Dómer. Esta circunstancia sorprendente en verdad confunde al crítico Feijóo. Habiendo este grande hombre venido al mundo á enderezar entuertos, y sin embargo de notar oportunamente los *amaños que en materia de informaciones en cualquier asunto caben* (y mas de esta naturaleza y en épocas de tanto entusiasmo y fanatismo como el siglo XVII;) no obstante todo esto se mantiene indeciso, bien que se advierta inclinarse la balanza de su crítica contra la opinion vulgar: sin duda

no se atrevió á rebatirle abiertamente por la mucha preocupacion que todavía reinaba cuando escribió. Lo cierto es que hasta entonces, segun el mismo dice, ya habian trascurrido setenta y tres años, y hasta el presente cerca de dos siglos, y la campana de Velilla ha enmudecido, siendo asi que en todo este tiempo el mundo se ha vuelto, por decirlo asi, de arriba abajo; sin haberse dignado tocar una sola vez cuando antes cualquier acontecimiento lo sacareaba hasta el estremo del fastidio. Mas si esta terrible campana se ha vuelto muda, su fama ha volado por toda la tierra, con cuya satisfaccion deben consolarse los vecinos de Velilla.

W. V.

POESÍA.

Velada en mil celages parecía
 De amortiguados, pálidos colores
 La amarillenta luna en noche umbría
 Con la diosa de plácidos amores.
 Y era una noche fresca, deliciosa
 Una noche de amor y de esperanza
 Que en la estacion estiva, calurosa
 Auguraba momentos de bonanza.
 Y era grato tambien con las hermosas.
 En medio las tinieblas pasear,
 Y escuchar sus palabras amorosas,
 Y el perfumado ambiente respirar.
 Y divisar de quiera apariciones

Vaporosas cruzar la oscuridad

Que arrastraban los tiernos corazones

Con su esbeltez, blancura y magestad.

Cual delira en los sueños de consuelo

Entrever la inocente juventud

Que desciende tal vez del almo cielo

La virgen á inspirarle la virtud.

Si la luna estendia su luz pura

Al través de algun pardo nubarron,

Al ver una muger sin hermosura

Se disipaba entonces la ilusion.

Y esa misma ilusion grata, radiante

Que con la luz perdiera una muger

Con la luz torna á ser en vos brillante

Y á dominar con mágico poder.

Que si vos la inspirais, angel divino,

Jamas perecerá, será eternal

Porque es vuestro semblante purpurino

Afable, candoroso y celestial,

Y no es una ilusion, aunque inocente,

Que me incite á gozar de los placeres

Que da á la juventud sencilla, ardiente

El trato de raquíctas mugeres.

Es sí de adoración y de ternura

Que tributo yo á un ente superior

A aquella comparada que en la altura

Tributan los querubes al Señor.

Y por eso yo entonces estasiado

Os miraba al través de otras beldades

Que en vano, angel hermoso, han imitado

Nuestro arte celestial, vuestras bondades.

Que seria imposible el igualaros

Segun os vi de bella, apuesta y pura,

Y arrobado quedé y quise adoraros

Al contemplar en vos tanta hermosura.

Y era grato mirar á las hermosas

En medio las tinieblas pasear,

Y escuchar sus palabras envidiosas

Y el perfumado ambiente respirar.

Y entonces en el poniente
la luna resplandeciente
ya sin celages se vió,
y vuestra frente, señora,
con su lumbre protectora
al momento iluminó.

Y las gracias os miraron
y en el rostro se posaron
con sonrisa de placer,
y las auras vespertinas
vuestras rosas purpurinas
orearon al nacer.

Y el paseo venturoso
fué á mi vista mas hermoso
que el encantado pensil
dó las huris con las flores
respiráran sus amores
entre las brisas de abril.

Que la idea encantadora
de esa mansión seductora
dura un momento no mas,
porque es sueño nacarado
que si mágico ha brillado
no vuelve á brillar jamás.

Y deja en los corazones
apagadas ilusiones
de esa dicha celestial,
que si bella la has pintado,
su belleza lo ha eclipsado
nuestra ventura eternal.

Pero en vos, muger divina,
vuestra imagen peregrina
es la imagen del amor,
la imagen de la ventura
que descendió de la altura
con mágico resplandor.

Y compasiva en el suelo
para el humano consuelo
entre nosotros está,
y en esa figura humana
cual celeste soberana

nuestra dicha velará.

Por eso apacible y pura
y radiante en hermosura
se deja mirar tal vez,
y cuando ha desaparecido
queda el pecho dolorido
en perpetua lóbreguez.

Pero entonces sonreía:
quizá dichas entrevía
en amores de rubí,
que en el pecho se posaban
y la frente coronaban
con gnirnaldas de alhelí.
¡Dulces años juveniles!
pasarán vuestros abriles
sin desgracia que sentir,
sin amargura, ni llanto
solo entregada al encanto
de un hemoso porvenir.

De un porvenir alagneño
realizado en el ensueño
y en la plácida ilusion,
Que entre verjados de flores
presenja dulces albores
de una amorosa passion.

Por eso la frente hermosa
para tierna y candorosa
llena está de magestrá
por eso entre las mugeres
aun en sus gratos placeres
distingo vuestra beldad.

R. R.

TEATRO.

D. JUAN DE AUSTRIA.

Traducir mal, lo hace cualquier:

traducir bien, ya es otra cosa. Necesitanse para ello las cualidades que dejó apuntadas el brillante genio que vertió á nuestro idioma el drama que nos ocupa. No conocemos el original de D. Juan de Austria; pero si el autor habla tan dignamente de los españoles como el traductor, probará á nuestro modo de entender que el mérito es siempre acatado aunque almas mezquinas quieran oscurecer su brillo por algún tiempo. Pocos reinados han sido tan fecundos en acontecimientos heroicos como el del emperador Carlos I. de España y quinto de Alemania. Dias llenos de esplendor y gloria hicieron en aquella época para nuestra patria. El autor de este drama ha echado mano de uno de los sucesos históricos de aquel tiempo, poniendo en contraste el caracter cortesano, y segun otros hipócrita, de Felipe II. hijo legitimo del emperador, con el de su hermano natural D. Juan de Austria joven gallardo y de estimables prendas que revelara en lo caballeros de sus acciones la noble altivez española y la sangre imperial que corría por sus venas.

No hablaremos del mérito de la traduccion pues para recomendarla basta decir que es obra del acreditado D. Mariano José de Larra. Este joven se ha presentado en nuestros dias como un sol entre los demas literatos, y acercarse á él sería responderse á quedar ciego por el influjo de su luz. Así

es que cuando hablamos de sus obras, solo nos ocurre la idea de lamentar la pérdida que en él ha sufrido nuestra literatura.

El argumento del drama que nos ocupa no puede menos de recordarnos la pérdida del monumento de gloria española vinculada en la espada de Francisco I. que con su dueño y lo mejor de su ejército fué prisionero por los españoles en Pavía. Tenemos entendido que aquella espada desapareció de nuestra armería por una intriga palaciega; así es que aunque se engrían los franceses de haberla en su poder, las generaciones venideras siempre establecerán una notable diferencia entre el modo glorioso con que los españoles la ganaron en Pavía, y el cobarde y ratero con que la han recobrado nuestros solapados vecinos. Sea como quiera, consignada está en la historia aquella memorable jornada, en la que, como en cuantas han medido sus armas con nosotros, fueron destrozadas las águilas francesas por el león español.

Vamos á decir algo de la ejecución, y al hacerlo daremos una prueba de que la mayor imparcialidad dirige siempre nuestra pluma. *La Sra. Palma* llenó perfectamente su papel. *La Sra. Monreal*, á la que debemos estar doblemente obligados por haber desempeñado uno que no le correspondia, estuvo tan feliz que nada nos dejó que desear: viros en

ella al hermanito Pablo lleno de travesura escitar la sonrisa del melancólico emperador, y arrancar al público repetidas muestras de aprobación. Bien, muy bien, diremos otra vez á la Sra. Monreal. *El Sr. Mate*, á quien durante la presente temporada hemos tenido tantos motivos de admirar, que ha sabido provarnos en varias funciones que es todo un actor, nos dejó muy complacidos en la que nos ocupa. No era ya el artista el que conmovía nuestros corazones sino el gran Carlos V. bajo aquel humilde sayal, sepultado en una estrecha celda, convitado á la vez por tantas y tan diferentes sensaciones. Este poder mágico está reservado solamente á los grandes actores á cuyo escaso número pertenece el Sr. Mate. *El Sr. Caltañazor* nos gustó; pero creémos oportuno advertirle que las calaveradas de D. Juan deben ir revestidas de alguna dignidad y no de la ligereza con que las caracteriza. *Torbellino*.

LIGERO.

El día 29 del finado enero tuvo lugar la primera junta de los Sres. Suscritores, como habíamos anunciado. El número de los que hasta ahora se han interesado en la

formación de dicho establecimiento y el entusiasmo que animaba á los que asistieron á aquella reunion, nos hacen concebir las mas alagüeñas esperanzas con respecto á la pronta instalacion de la sociedad. Por unanimidad se acordó suplicar á la Augusta Reina Gobernadora que tomase el Liceo bajo su proteccion dándole en esto una prueba del sincero amor que le profesamos los aragoneses. Se nombró una junta directiva y una comision que redactase el reglamento. La primera se compone del Sr. Gefe Político, *Presidente*: D. Santos Sanz, *Tesorero*: D. Rafael Urries, *Contador*: y D. Francisco de Paula Montejo, *Secretario*. La segunda consta de nueve suscritores, que son: los Sres. Baron de la Menglana, Sazatornil, Vilademunt, Corral, Gil y Alcayde, Zaro, Balseyro, Gimeno, y Correa.

Continua abierta la suscripcion en los términos que está anunciada, en la redaccion de este periódico calle de S. Juan el viejo núm. 154.

La redaccion de la Aurora por dar cabida á las composiciones que en adelante del eán leerse en el Liceo ha determinado aumentar desde hoy á petición de algunos suscritores, las páginas de su periódico, dando dos pliegos de impresion cada domingo y suprimiendo la pieza mensual.